



## FAMOSOS ROMANCES DEL GIGANTE CANANEO SAN CRISTOBAL.

Dáse cuenta como por órden de Jesucristo fué á predicar á los gentiles, y convirtió á cuarenta y ocho mil personas; como fué martirizado, y en su muerte se convirtió el Rey con ochenta mil personas de su reino, con otras particularidades que verá el curioso lector.

O Montaña de virtudes!  
ó fuerte Pilar del cielo!  
ó lucido Peregrino!

ó famoso Cananeo!  
hoy intenta mi discurso,  
con vivo y ardiente celo,



referir á mi Auditorio,  
 desde vuestro nacimiento,  
 hasta el fin de vuestros dias  
 maravillosos portentos.  
 Ea, lengua no te turbes,  
 ea, rudo entendimiento,  
 no desmayes, ea pluma,  
 levanta pronta tu vuelo.  
 Era esta famosa Torre  
 de su nacion Cananeo,  
 y el Rey Dagno le eligió  
 por General de su Ejército,  
 al cual sirvió algunos dias  
 ocupado en este empleo,  
 y viendo que este no era  
 el camino verdadero,  
 dejó el servir al Rey falso,  
 y á servir fué al Rey del Cielo,  
 dijole al Rey: gran Señor,  
 ahí tencis el baston vuestro  
 pues de verdad no soy yó,  
 para servir el empleo.  
 Se parte con diligencia  
 por inspiracion del Cielo,  
 peregrinando y pensando  
 cual era el Dios verdadero,  
 lleno de mil confusiones  
 y sùtiles pensamientos  
 se le apareció el Demonio  
 en forma de Caballero,  
 y le dijo estas palabras:  
 Adónde vas, Cananeo?  
 Quien eres? le replicó,  
 y le respondió diciendo:  
 Yo soy el mayor Señor,  
 que vengo en tu seguimiento,  
 y así si quieres seguirme,  
 lograrás todo tu intento.  
 En qué forma, le replica,

eres tú superior dueño  
 del mundo? Y le dijo: sí,  
 que á mí todo está sujeto:  
 entónces dijo el Gigante,  
 solo servirte pretendo,  
 pues he venido á lograr  
 lo que apetece el deseo,  
 vamos donde tú quisieres.  
 Dijo el Demonio: pretendo  
 que crucemos este monte,  
 para lograr cierto intento.  
 Se subieron por el Monte;  
 pero (¡ó poder supremo  
 de Dios Todopoderoso,  
 que con tus justos secretos  
 superiores libertaste  
 de multitud de tormentos  
 á este famoso Gigante!)  
 y fué que estando en el medio  
 del monte se abrió una peña,  
 y se descubrió el madero  
 y superior Estandarte  
 donde murió Cristo mesmo,  
 y el Demonio amedrentado,  
 pasmado, turbado y ciego  
 se quedó, cuando el Gigante  
 volvió su rostro sereno,  
 y le dijo: De qué tiemblas?  
 dime de qué tienes miedo,  
 si tú solo, dices, eres  
 del mundo superior dueño?  
 Luego tiene mas poder  
 que tú este fuerte madero,  
 y así tú me has engañado,  
 que no eres Dios verdadero,  
 que en Dios no cabe temor,  
 y tú temblando de miedo,  
 corrido, inmóvil, pasmado  
 te has quedado en un momento,



y no te quiero seguir,  
 que eres falso y embustero.  
 La vista inclinó el Gigante  
 al Estandarte Supremo,  
 y oye que le dice un Angel:  
 Cananeo, Cananeo,  
 aliéntate, y no le sigas  
 á ese malvado y horrendo  
 Demonio, que te despeñas,  
 y advierte que este madero  
 es el mismo en que murió  
 Cristo Rey de Tierra y Cielo,  
 el que ha de juzgar al mundo,  
 el que es el Dios verdadero,  
 baja á la orilla del Rio  
 y encontrarás al momento  
 un Ermitaño, y él mismo  
 te dará los documentos  
 favorables á tu alma,  
 para que ganes el Cielo,  
 con esto quedáte en paz,  
 y desapareció luego.  
 Mirando aqueste prodigio,  
 de gozo el Gigante lleno  
 sin detenerse se parte,  
 y dentro de breve trecho  
 ha encontrado al Ermitaño  
 y le ha contado el suceso.  
 Ocupóse allí el Gigante  
 en cruzar los pasajeros  
 en sus superiores hombros  
 aquel Rio tan soberbio,  
 así pasó muchos dias,  
 siempre imaginando atento,  
 y pensando discursivo  
 en el Dios mas verdadero,  
 y estando un dia en su choza  
 oyó decir: Cananeo,  
 con presteza se levanta

por si es algun pasajero,  
 y en la puerta de la choza  
 encontró un Niño tan bello  
 que parece un querubin  
 bajado del mismo Cielo,  
 con la túnica morada  
 vestido de Nazareno.  
 ¿Quién eres, Niño; le dice,  
 á donde vas, Niño tierno,  
 tan hermoso y tan bizarro,  
 que entre volcanes de fuego  
 se me abraza el corazon,  
 y no sé la causa de ello?  
 dijo el Niño: Si me quieres  
 pasar el Rio, prometo  
 pagarte con el amor  
 que se coloca en mi pecho;  
 voy á buscar á mi Padre;  
 que vive de aquí muy lejos.  
 Tomólo al hombro el Gigante,  
 y dentro de poco trecho  
 le pareció se le hundia  
 de su valor el cimiento.  
 Entre sudado y confuso  
 le dice: Niño, que es esto,  
 que es tanto el peso que tienes  
 que los dos pereceremos  
 en las soberbias corrientes  
 de este terrible Elemento?  
 Cuanto mas anda mas pesa,  
 y dice ya sin aliento:  
 Cristo valme, y lo que pesa.  
 Y entonces el Niño bello  
 respondió: ese es tu nombre,  
 por que desde hoy pretendo  
 que te intitules Cristóbal,  
 y que seas Misionero  
 de mi Ley, Cristóbal mio,  
 para que vengas al Cielo,



y sabe que yo por tí  
 dí la vida en un madero  
 y que soy el mismo Dios  
 á quien buscas con tal celo.  
 Predica mi Ley Sagrada  
 al Rey y á los de su pueblo,  
 y vendrás á poseer  
 el Palacio Real del Cielo,  
 coronado de laureles,  
 Cristóbal, que te prevengo,  
 en esto quédate en paz,  
 y descendiendo ligero  
 de los hombros de Cristóbal,  
 desapareció de un vuelo,  
 dejando maravillado  
 á esta montaña de Nervios,  
 é hincándose de rodillas  
 con mas varonil esfuerzo  
 que nunca, dijo: Ay mi Dios,  
 y que prodigios son estos!  
 viva la Ley de JESUS,  
 viva el hermoso portento,  
 que por libertar mi Alma  
 dió su Vida en un madero.  
 Viva el Real estandarte,  
 viva la Llave del Cielo  
 viva MARRÍA Sagrada,

Madre del divino Verbo,  
 viva la esposa famosa  
 del Santo Espíritu escelso,  
 viva el Padre Soberano,  
 viva el Hijo verdadero,  
 viva el Espíritu Santo,  
 viva la Côte del Cielo.  
 Al momento se levanta,  
 y vá á la choza ligero,  
 y le dice al ermitaño  
 estas palabras muy tierno:  
 á Dios amada compañia,  
 á Dios, dulce compañero,  
 que me voy á predicar  
 la Ley del manso Cordero.  
 Tiernamente se despide,  
 le abraza con brazos tiernos,  
 y Cristóbal se partió  
 á conseguir su buen celo.  
 A la Ciudad se encamina,  
 á donde lo dejaremos  
 predicando á los Gentiles  
 la Ley del Dios verdadero.  
 Y en el segundo romance,  
 si me lo permite el Cielo,  
 ofrezco finalizar  
 la vida del Cananeo.

**Fin de la primera parte.**



## SEGUNDA PARTE.

*Dáse cuenta de los prodigios que hizo en la predicacion del Evangelio, y los crueles tormentos que padeció este glorioso mártir de la religion cristiana.*

---

Ya dije en la primera parte, noble auditorio discreto, como Cristóbal quedaba predicando muy contento la ley Sagrada de Cristo, y dentro de breve tiempo, convirtió cuarenta y ocho mil personas de aquel pueblo. Llegó la noticia al Rey, y con gran rabia y veneno, solícito y cuidadoso al punto mandó prenderlo. Cristóbal de que lo supo al palacio fué derecho, y comenzó á predicarle sin temor y sin rezelo. Vió un altar bien adornado, y á un Júpiter puesto en medio:

le cogió de la cabeza con su varonil esfuerzo, y lo hizo mil pedazos sin detenerse en el suelo. El Rey dijo: Ola, prendedle que ese es mucho atrevimiento. Aquí empiezan las fatigas, aquí empiezan los tormentos, pero ó Supremo Dios! que cuando á prenderle fueron todos quedaron turbados cuando delante estuvieron. En fin, Dios le dió licencia, y á Cristóbal lo prendieron, métenlo en un calabozo muy lóbrego y muy horrendo, y al capo de pocos dias el Sacerdote del pueblo



dijo al Rey, que argüiria  
 solo con el cananeo.  
 Lo sacan de la prision,  
 y en presencia del Rey mesmo  
 el Sacerdote arguyó  
 con nuestro gran misionero.  
 Le saca mil falsedades,  
 le propone mil enredos,  
 le dijo que Jesucristo  
 no era Dios verdadero.  
 Cristóbal de que esto oyó,  
 dijo: mientes, embustero,  
 que Cristo murió en la Cruz  
 por librarnos del Infierno,  
 y se encarnó en las entrañas  
 de María gran portento!  
 y el Espíritu asistió  
 por obra del Padre Eterno,  
 y así viva Jesucristo,  
 y mueran los dioses vuestros:  
 Cristo viva y Cristo reine,  
 que este es el Dios verdadero,  
 y por Cristo pasará  
 mil fatigas y tormentos.  
 Al oír estas palabras  
 alzó la mano un perverso  
 y á Cristóbal le tiró  
 un bofetón (que tormento!)  
 Mandó el Rey con gran soberbia  
 que amarrado en un madero  
 le dieran tantos azotes  
 que se lo dejaran muerto.  
 Obedecen al mandato,  
 y con impiedad le dieron  
 mas de cinco mil azotes,  
 pero ó permiso del Cielo!  
 que cuando azotado estuvo,  
 luego ante el Rey lo volvieron,  
 sin tener una señal

del castigo que le dieron,  
 las manos atrás atadas  
 y una soga puesta al cuello.  
 El Rey se maravilló  
 y en altas voces diciendo:  
 Justicia, Júpiter mio,  
 que este hombre es hechicero.  
 Vayan y no se detengan,  
 y una corona de hierro  
 hecha ascua han de traer,  
 y pónganla en su cerebro.  
 Al punto lo ejecutaron,  
 (¡pero ó sacro Rey del Cielo,  
 que quisisteis que Cristóbal  
 no pasase este tormento!)  
 y viendo el malvado Rey  
 que no le agraviava el fuego,  
 rasgando sus vestiduras,  
 despedazándose el mesmo,  
 dice: llevar esta fiera  
 y sujetarla á un madero  
 y asaetarlo allí,  
 y si no es bastante esto  
 para que acabe su vida,  
 con los filos de su acero  
 le cortareis la cabeza,  
 para que acabe mas presto;  
 que me voy á aquel balcon  
 que desde allí quiero verlo.  
 Lo ejecutaron así,  
 y salieron los flecheros  
 para quitarle la vida  
 á este segundo Cordero.  
 Le apuntan con la ballesta,  
 y sale la flecha huyendo,  
 y fué á pegaren el ojo  
 del Rey que lo estaba viendo;  
 con mas soberbia que nunca  
 se levantó echando fuego



por la boca, y por los ojos  
 centellas de vivo incendio.  
 Arrojóse con la espada  
 para darle muerte él mismo;  
 mas al levantar el brazo,  
 ó maravilla, ó portentoso!  
 de la guarnición se sale  
 la oja ella misma huyendo,  
 por no ofender á Cristóbal,  
 que aun de morir no era tiempo.  
 Y viendo el Rey que no halla  
 para Cristóbal tormento,  
 manda que en unas parrillas  
 le pongan y le echen fuego,  
 para que muera abrasado.  
 Mas ó prodigio supremo!  
 despues de tantos martirios,  
 hasta el fuego tuvo miedo,  
 que se apagó de improviso  
 sin ofenderle en un pelo.  
 Y ya echada la sentencia  
 del Supremo Rey del Cielo,  
 que el laurel y la corona  
 tiene prevenido á un tiempo,  
 le dió licencia á la muerte,  
 y á Cristóbal le dió esfuerzo,  
 por segunda vez le vuelven  
 á amarrar en el madero  
 entre dos santas mujeres,  
 que juntas con él murieron.  
 Pero el famoso Cristóbal  
 alzó los ojos al Cielo,  
 ardiendo en amor de Dios,  
 estas palabras diciendo:  
 Poderoso Redentor,  
 humilde y manso cordero,  
 que con tu preciosa Sangre  
 redimiste el Universo,  
 no es lo que siento el morir,

solo siento, amado Dueño,  
 que no muera como Vos,  
 enclavado en un madero.  
 No siento, no siento nada  
 de todos estos tormentos,  
 pues por mí pasásteis mas,  
 Redentor y amado dueño,  
 muero gozoso por ir  
 á gozar de vuestro Reino.  
 Con esto le dan un golpe  
 con el cuchillo en el cuello,  
 razgando sus blancas venas  
 la roja sangre vertiendo.  
 Bramó el mar, tembló la tierra,  
 el Sol hizo mil estremos,  
 y arrojando gruesas peñas  
 los montes se destruyeron,  
 y entre celestiales nubes  
 con sonoros instrumentos,  
 dos Angeles muy hermosos  
 lucidos bajan del Cielo  
 con la corona y la palma,  
 que en sus sienas le pusieron;  
 mas esto no fué bastante  
 para aplacar lo soberbio  
 del Rey, que con mayor rabia  
 á Cristóbal fué derecho  
 para beber de la sangre  
 que están sus venas vertiendo,  
 Pero ó poderoso Dios!  
 mas ó famoso portentoso!  
 pues apenas llegó el Rey  
 á tocar el coral terso,  
 la flecha se le cayó  
 sin hacerle movimiento  
 de ira, y se encontró sano.  
 Y reconociendo el yerro,  
 en altas voces publica:  
 viva, viva el Cananeo,



viva el Apóstol de Livia,  
 viva el hermoso portento  
 de Cristóbal, viva Cristo,  
 vivan los Sacros Misterios  
 de la Fé de Dios sagrada,  
 viva el Dios de Tierra y Cielo.  
 Mandó que por las ciudades  
 que sujeta su gobierno,  
 observen la Ley de Cristo,  
 y así mismo todo el pueblo,  
 dice: viva Jesucristo,  
 que es el Dios verdadero,  
 viva la Iglesia sagrada,  
 y entonces se convirtieron

mas de ochenta mil personas,  
 y á Jesucristo siguieron.  
 Y pues, Apóstol famoso,  
 que con tu superior celo  
 os encontrais colocado  
 en el palacio supremo,  
 alcánzanos del Señor  
 gracia, y que despues logremos  
 con vuestro favor y ayuda  
 subir triunfantes al Cielo.  
 Y el poeta muy humilde  
 á su auditorio discreto  
 pide perdon de la faltas,  
 que estos romances tuvieron.

**Fin.**

CARMONA.—1865.

Imprenta y lib. de D. José M. Moreno, calle Madre de Dios núm. 1.